

# El Infierno de Masaya

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDEZ

Con el nombre de "El infierno de Masaya" se conoció en los albores de la Colonia el volcán de esa ciudad. La superchería indígena junto con la superstición española rodearon de misterio y de leyenda la actividad del cerro aquel en cuya cima había un "pozo" del que salía a veces "una mujer muy vieja desnuda" con la que los indios celebraban monexico o concejo. "Vieja era y arrugada", cuenta Oviedo que se la describió un cacique, "y las tetas hasta el ombligo, y el cabello poco y alzado hacia arriba, y los dientes largos y agudos, como de perro, y la color más oscura y negra que los indios, y los ojos hundidos y encendidos; y en fin", dice, "él la pintaba en sus palabras como deba ser el diablo". "Y ese mismo debía ella ser", comenta Oviedo, "y si éste decía verdad, no se puede negar la comunicación de los indios con el diablo. Y después de sus consultas esa vieja infernal se entraba en aquel pozo y no la veían más hasta otra consulta".

Esta y otras narraciones sobre las actividades del volcán: sus erupciones internas, las llamaradas que salían del cráter e iluminaban las noches por leguas a la redonda, los misteriosos ruidos que salían de su interior, el calor y fuego intenso que emanaba de su seno, hicieron que gentes timoratas y crédulas, corrieran la voz de que el infierno mismo estaba en Masaya.

La voz corrió por los conventos de Europa y se tenía por seguro que si el Paraíso estaba en alguna parte de la Arabia, el Infierno estaba en Masaya. Teólogos eminentes se preocuparon del asunto y enviaron comisionados de distintas órdenes religiosas para que estudiaran el problema. Fray Bartolomé de las Casas fue uno de los comisionados que eran hasta en número de diez. Todos se reunieron y fueron a examinar el misterioso lugar. Después de muchos estudios y experimentos llegaron a la conclusión de que el Infierno no estaba en Masaya. El argumento básico que destruyó la leyenda fue el siguiente: "El fuego del Infierno quema pero no destruye, el fuego del infierno de Masaya quema y destruye, luego el fuego del infierno de Masaya no es el fuego del infierno". He aquí la narración fragmentada de Oviedo.

---

Quando en el año de 1534 se encontraba en Nicaragua Fray Blas del Castillo, cuenta Oviedo en su Historia general y natural de las Indias, oyó hablar del infierno de Masaya y tuvo deseos de verlo de cerca. No pudo verificarlo entonces porque iba de tránsito para el Perú, donde regresó poco después para Nueva España (México)

En el año de 1536 hizo un viaje expreso de México a Nicaragua, y no paró hasta llegar a Granada con el objeto de visitar el volcán. Consultó su pensamiento con un fraile de San Francisco, de origen francés llamado Juan Gandabo, y una vez resuelto, tomó por compañeros a Juan Antón, Juan Sánchez Portero y Francisco Hernández

de Guzmán, con quienes llegó a la cima, el martes en la tarde del 12 de junio de 1537.

El fraile se asomó al cráter y vio en el fondo, al través de una gran grieta de negra y apagada lava, una corriente encendida que saltaba a modo de borbotón o fuente de agua de fuego. Pensando que aquello fuese oro o plata derretida, lamentó el descuido de las autoridades españolas, protestando que si le dieran aparejos e indios, para que lo subieran y bajaran, no vacilaría en penetrar al fondo y sacar las grandes riquezas que allí había.

Derpertada la codicia de todos con las lamentaciones de Fray Blas, acogieron gustosos el pensamiento de bajar al interior del volcán y se regresaron a Granada, a dar cuenta de sus observaciones al otro fraile. Este los confirmó en la idea de que aquello era oro y entonces asociaron a la empresa a otros dos vecinos de Granada llamados Gonzalo Melgarejo y Pedro Ruiz.

Una vez convenidos todos, Fray Blas del Castillo se reunió con sus seis compañeros y todos juraron solemnemente guardar el mayor secreto y cumplir con todo lo estipulado. Fray Blas ofreció ser el primero que penetraría al volcán; Juan Sánchez Portero, el segundo, y Pedro Ruiz el tercero; estipulándose, además, en que los indios que iban a llevar, se quedarían con los demás compañeros a la orilla del cráter, ocupados en bajar y subir gente por medio de cables.

Hechos los arreglos preliminares, Fray Blas, Juan Antón y Francisco Hernández, fueron con cuerdas de cabuya a medir la profundidad que había desde la boca o entrada del cráter hasta una especie de plazoleta que se veía más abajo. La cuerda se les rompió en esta operación y no pudieron averiguar nada.

Probaron nuevamente en sucesivas expediciones y lograron medir y remedir la distancia hasta el fondo del volcán y calcularon que necesitarían no menos de trescientas yardas de cuerda.

Tanto por las lluvias, como por alistar reservadamente los aparejos, jarcias y demás objetos para la expedición, ésta tuvo que demorarse algunos meses. Arreglado todo, se trasladaron al pueblo de Mambozima, a media legua de Masaya, donde vivía el socio Gonzalo Melgarejo. El mismo fraile, para lograr mayor reserva de todo, se encargó de torcer el largo cable que necesitaban.

Entre los objetos destinados para la expedición, figuraba una gran esfera de hierro, con sus barras, que podía abrirse y cerrarse, para meter en ella cangilones de barro, que introducidos de cierta manera en el pozo, pudieran sacar del líquido rojo. Esta esfera estaba sujeta por una asa de hierro, pendiente de una gruesa cadena quitada a una antigua lombarda.

El miércoles, 10 de abril de 1538, reunió Fray Blas por última vez a sus socios para proceder a la expedición. Gonzalo Melgarejo se acobardó y dijo que consideraba tan temeraria la empresa que no tenía valor ni para pre-

senciarla; pero que desde Mambozima, en donde se quedaría, les enviaría indios y cuanto más necesitaran. Francisco Hernández Guzmán hizo también la misma manifestación. El fraile y sus cuatro restantes compañeros no se detuvieron por eso y antes bien apresuraron la marcha.

Llegados a la cumbre del volcán, el viernes 12 de abril de 1538, fijaron el cabrestante y dejaron todo listo para principiar el día siguiente

El sábado, 13 de abril de 1538, después de colocar el cabrestante como treinta pies apartado de la orilla, trajeron una viga gruesa de algo más de veinticinco pies a la que formaron en una de sus extremidades una garrucha, haciéndole una excavadura en la que se colocó una gran roldana, sujeta por un enorme perno de hierro. El cabo que tenía la garrucha fue empujado sobre el boquerón del pozo, a cinco pies de la superficie; y la extremidad opuesta, cubierta toda de grandes piedras, fue fijada con seguridad. Después se colocó en la garrucha un cable de ciento treinta y cinco brazas y se ató con él un gran tronco de árbol, como de nueve pies de largo por cuatro de ancho, al que se le hizo en el medio una muesca, en que se fijó el cable.

Lanzado el madero al vacío con algunas dificultades, soltaron y aflojaron poco a poco el cabrestante, y de esta manera y con mucho trabajo se metió hasta hacerlo descansar en una de las mesetas interiores formadas por los derrumbes, causando un ruido infernal con las piedras y tierra que desprendía el madero al rozarse con las paredes. Así que éste hubo descansado en la meseta, recogieron el cable hasta dejarlo bien tirante y se sujetó a un tronco con objeto de que los que bajaran pudieran asirse de él y evitar los golpes contra las peñas de los lados del pozo.

En la viga que estaba colocada en la superficie del cráter, se fijó otra garrucha más pequeña de hierro por la que se deslizó una cuerda por cuya extremidad iba un balso o sinche, destinado al que tuviera que ser bajado enseguida

Fray Blas del Castillo celebró una misa que todos oyeron con devoción, confesó a todos sus compañeros y continuó rezando y encomendándose a Dios hasta la hora del almuerzo. Verificado esto se pidieron perdón los unos a los otros y se separaron llorando en la consideración de que tal vez no volverían a verse.

El intrépido fraile se puso la estola, ciñó ésta y los hábitos con una cinta bendita en la que colocó, del lado derecho un pequeño martillo para derribar las piedras movilizadas y del izquierdo una calabaza con vino y agua; cubrió su cabeza con un casco de hierro y encima un sombrero bien atado; después se colocó en el balso y se ató muy bien; y tomando una cruz de madera en la mano, para besarla de vez en cuando, se lanzó al vacío y empezó a descender.

A pesar de las precauciones tomadas, el pobre fraile recibía hincas sacudidas, porque lo bajaban con tal rapidez que no podía permanecer asido del cable fijado de antemano y tras él venía una lluvia de piedras que se desprendían con el roce de las paredes, contra las cuales oponía en vano las manos que se le destrozaron. A no haber tomado la precaución del casco de hierro, de seguro que el intrépido explorador habría sido muerto por una de tantas piedras que sobre él cayeron.

Llegado al barranco donde estaba fijado el troncón, Fray Blas se arrodilló y besó tres veces la tierra, dando gracias a Dios por haberle salvado. Luego, empuñando la cruz, bajó resueltamente a pie por el barranco, siguiendo una larga pendiente, hasta llegar a una especie de plazoleta que habían formado los derrumbes y las lluvias. Como la plazoleta se desviaba un poco, los compañeros lo perdieron de vista y se llenaron de inquietud. Después de haber bajado a la plazoleta, santiguándose y rezando, avanzó resueltamente, sin preocuparse de los vapores azufrados que se escapaban de algunas grietas, y con su martillo comenzó a derribar y triturar pedazos de roca, para ver si contenían metal. Convencido de que todo era piedra quemada, que de tener algún metal debió haberse escurrido para el fondo, consumido por el fuego, fijó la cruz en una peña y se regresó por donde había bajado hasta llegar al troncón.

Así que los compañeros lo divisaron, se alegraron mucho y empezaron a hacerle señales con un paño blanco, para que subiera pronto, porque los indios, creyéndolo muerto, empezaban a huir sin que fuese posible detenerlos. (Tenían los indios terror supersticioso y no se asomaban nunca al volcán). Dirigióse entonces a tomar el balso, y aunque éste había sido elevado inadvertidamente cinco varas más arriba, Fray Blas no se desanimó por esto. Sin temor alguno se suspendió del cable fijo y subió a pulso hasta alcanzar nuevamente el balso, en el cual lo sacaron después de tres horas de tan peligrosa excursión.

La empresa de aquel fraile era tanto más atrevida, cuanto que todo el mundo creía que era imposible que bajando pudiera nadie regresar vivo por el calor y el humo que se suponían mortíferos.

Fray Blas salió contando prodigios y manifestando que no había ninguno de los inconvenientes que se habían temido, y que el líquido del fondo era el oro escurrido de las peñas en fuerza del calor.

Entusiasmados con la relación del fraile y creyendo segura su riqueza, determinaron los asociados que Pedro Ruiz se quedara cuidando con algunos indios y que los demás fuesen a Granada a buscar más socios para hacer mayores gastos.

El Domingo de Ramos, 14 de abril de 1538 se juntaron por la mañana en el convento de San Francisco y llamaron a Gonzalo Melgarejo para darle parte del buen éxito. Asociaron a Benito Dávila, que ofreció entrar el primero y también, a mucho ruego a Francisco Fernández Guzmán, que como se recordará los había abandonado.

Fray Blas del Castillo y sus siete compañeros concertaron que saldrían todos disimuladamente, el inmediato Lunes de Pascua, y tomando por distintos puntos se reunirían en la boca del volcán. Así lo verificaron y el martes 16 de abril del mismo año, después de haber oído misa rezada por Fray Blas entraron en disputas acerca de quien debiera bajar primero porque todos solicitaban este honor. Se echaron suertes, y tocó el primer lugar a Pedro Ruiz, el segundo a Benito Dávila, el tercero a Juan Sánchez y el cuarto a Fray Blas.

Repetidas veces entraron al fondo los intrépidos exploradores y lograron sacar muestras de lo que creían era oro fundido, mas enviadas las muestras a León fueron declaradas sin ningún valor.